

HORIZONTALIDAD, AUTOGESTIÓN Y PROTAGONISMO EN ARGENTINA

Marina Sitrin

New College of California, United States of America. E-mail: marina.sitrin@gmail.com

Recibido: 5 Septiembre 2009 / Revisado: 2 Octubre 2009 / Aceptado: 8 Octubre 2009 / Publicación Online: 15 Febrero 2010

Resumen: Este artículo trata los movimientos sociales autónomos que surgieron después de la crisis económica y la posterior rebelión popular en Argentina en diciembre de 2001. Los movimientos autónomos en la Argentina, como tantos movimientos en el mundo de hoy, son movimientos basados en la creación de nuevas relaciones sociales y comunidades ahora, al mismo tiempo que proyectan nuevas sociedades y las relaciones en y para el futuro. Son movimientos con una concepción diferente del tiempo y el espacio. Son movimientos que entienden lo individual y lo colectivo como vinculados entre sí. Hay mucho en común entre la experiencia en la Argentina y las prácticas e ideas anarquistas. Eso no significa que los que están creando nuevas relaciones y comunidades en la Argentina sean anarquistas. Lo que este artículo intenta hacer es basarse en las experiencias de los movimientos sociales argentinos para iniciar una reflexión sobre las prácticas e ideas que los anarquistas pueden prestar a los distintos movimientos y comunidades autónomas; y, a su vez, sobre lo que los movimientos autónomos en la Argentina puede dar a las ideas y prácticas anarquistas.

Palabras Clave: Argentina, anarquismo, autogestión, rebelión popular, crisis económica, relaciones sociales.

EL Millones de personas cantando “que se vayan todos, que no quede ni uno solo”. Arte callejero: “Ni Dios, Ni Patrón, Autogestión”, “La Solución Autogestión”, “Nuestros Sueños no caben en sus urnas”, “La Verdadera Democracia Está En Las Calles”, “Nunca Más No Te Metas” y “Ocupar, Resistir, Producir”. Cientos de miles de urbanitas de clase media, recientemente desclasados, organizándose en asambleas de vecinos,

rechazando jerarquías y en su lugar haciendo uso de formas de democracia directa y horizontalidad. Comunidades indígenas reapropiándose de su tierra, y haciéndolo con el apoyo y la solidaridad de gente de otros movimientos. Trabajadores en paro que no sólo cortan rutas y puentes para demandar subsidios de desempleo (que consiguieron), sino también autogestionando sus vecindarios, creando panaderías comunitarias y ollas comunes, escuelas populares, medicina alternativa, a veces incluyendo optometría y acupuntura, ocupando tierras para crear huertos con los que alimentar al vecindario, construyendo en ellas casas, creando piscifactorías y haciéndose con ganado para proveerse de proteínas. En algunos casos creando bonitos teatros y cines. Y, en definitiva, muchos movimientos así, refiriéndose a sus relaciones con otros con el nombre de movimiento de movimientos. Movimientos que no están buscando la toma del poder estatal, sino creando alternativas que quieren ver plasmadas ahora, en su cotidianeidad.

Esto sólo es una muestra del genio constructivo que viene produciéndose en Argentina, sobre todo desde el 19 y el 20 de diciembre de 2001, cuando un colapso económico total lanzó a millones de personas a las calles, caceroleando, y echando en dos semanas a cinco gobiernos consecutivos, a la vez que creaban asambleas horizontales donde encontrarse y definir sus necesidades.

A lo largo de la Historia las personas se han mirado cara a cara cuando las instituciones formales han caído, y lo siguen haciendo. Esto no es algo que ocurra siempre, pero sí muy a menudo, cuando dejados a solas, las personas empiezan a mirarse cara a cara y a trabajar juntas para reorganizar y volver a dar forma a

sus vidas y sociedades. Este reajuste de las relaciones suele ser hacia formas más amables y respetuosas que en la situación previa. Me acuerdo de cómo fue vivir en Nueva York en los días posteriores al 11 de septiembre de 2001, cuando en vez de mirar hacia las instituciones, las personas lo hicieron las unas a las otras para proveerse de ayuda y solidaridad. Miles y miles de personas apoyaron a otras de todo tipo de maneras. Esto también ocurrió tras el terremoto de México en 1985, y en muchos otros momentos y lugares. Rebecca Solnit ha escrito sobre este fenómeno del apoyo mutuo en momentos de desastre¹. Cada uno de los lectores de este artículo recuerda, estoy segura, momentos en los que, a solas, sin instituciones formales de poder, la gente se miró cara a cara y se echó una mano. Esto no es lo que nos han contado acerca del comportamiento de la gente, pero es lo que ha sucedido realmente una y otra vez a lo largo de la Historia. Se nos dice que debemos preocuparnos sólo de nosotros mismos y alejarnos de los problemas. Pero en realidad, la gente no duda en ayudar a los demás y no huye aterrorizada ante los problemas, sino que los afronta. Por supuesto, esto no ocurre siempre, pero sí normalmente. Esta ruptura, este cambio en cómo se ven las cosas y cómo se ha enseñado a verlas, esta transformación en el imaginario y en las formas de ser, puede ser tal que empecemos a organizarnos de manera diferente. La experiencia de Argentina nos lo muestra. No es que la crisis económica produjera un cambio, sino que hubo un largo período en el que la gente comenzó un proceso de ruptura durante el cual empezó a ver a los demás y a ellos mismos de una manera diferente y a crear una nueva sociedad de acuerdo a estos nuevos imaginarios.

¿Dónde se encuentran estos movimientos? Están en todas partes. Están en las comunidades autónomas zapatistas de Chiapas (México), donde los grupos indígenas se organizan de forma autónoma del Estado, trabajando para cubrir sus necesidades básicas al tiempo que emplean la toma de decisiones por consenso para reinventarse a sí mismos. Están en las organizaciones de masas del Brasil rural, donde el Movimiento de los Sin Tierra (MST) ha estado reclamando la tierra, al tiempo que construyendo su futuro en sus actividades e interacciones cotidianas. Están en los asentamientos ilegales de Sudáfrica, donde las mujeres y los hombres, “los pobres” emplean la acción directa y la democracia directa para recuperar la electricidad, vivienda, agua y otras

cosas que las empresas y el gobierno les han robado. Están en la India, donde miles de personas se unen para proteger el medio ambiente y prevenir la construcción de presas, usando la acción directa de masas y tomas de decisiones participativas. Son los grupos indígenas de Ecuador y Bolivia, parando la privatización y evitando la destrucción de la tierra a través de bloqueos masivos y la democracia de masas. Están en los centros sociales italianos, que ofrecen servicios directos y espacio a aquellos grupos implicados en proyectos de democracia directa. Están en muchos grupos de acción directa del Este de Europa, organizados contra las fronteras bajo el principio de que ninguna persona puede ser ilegal. Están en los colectivos autónomos de Estados Unidos y Canadá, grupos que comenzaron asumiendo la toma de decisiones por consenso, la anti-jerarquía y el anticapitalismo. Estos nuevos movimientos están, de hecho, en todas partes.

Los movimientos sociales autónomos de Argentina son sólo una parte de estos muchos movimientos. Dentro de Argentina, el movimiento es también un movimiento de movimientos. Todos estos activos movimientos se están relacionando unos con otros, construyendo así nuevos tipos de redes que rechazan el legado jerárquico que han dejado la política establecida. Parte de este rechazo incluye la ruptura con el concepto de “poder-sobre”; la gente está intentando organizarse en un plano más llano, con el fin de crear “poder-con”—el otro. En estos esfuerzos se inserta un compromiso por valorar tanto el individuo como la colectividad. Simultáneamente, separados y juntos, estos grupos se están organizando en dirección hacia una libertad más significativa y profunda, empleando las herramientas de la democracia directa y la acción directa. Juntos, pienso, están construyendo un nuevo tipo de poder popular.

Horizontalidad es una palabra que corporeiza los nuevos acuerdos y principios de organización de estos movimientos en Argentina. Como su nombre sugiere, implica un plano llano en el que comunicarse. Conlleva el uso de la democracia directa e implica, o al menos procura intencionadamente, creación—más que reacción—no jerárquica y anti-autoritaria. Es una ruptura con las formas verticales de organizarse y relacionarse.

La horizontalidad es un mundo vivo, que refleja la experiencia cambiante. Meses después de la rebelión popular, muchos participantes del movimiento comenzaron a hablar de sus relaciones como horizontales, como forma de describir nuevas formas de toma de decisiones. Años después de la rebelión, aquellos que continuaron construyendo nuevos movimientos hablan de la horizontalidad como fin y como herramienta.

Nuestras relaciones están aún profundamente afectadas por el capitalismo y la jerarquía, y por tanto por el tipo de dinámicas de poder que promueven en todos nuestros espacios colectivos y creativos, especialmente cómo nos relacionamos entre nosotros en términos de recursos económicos, género, raza, acceso a la información y experiencia. Como resultado, hasta que se hayan superado estas dinámicas sociales fundamentales, el fin de la horizontalidad no puede lograrse. El tiempo ha enseñado que, frente a esto, simplemente desear una relación no hace que exista. Pero el proceso de horizontalidad es una herramienta para la consecución de este fin. Por lo tanto, la horizontalidad es deseada, y es una meta, pero también es el medio, la herramienta, para conseguir esta meta.

Empleo el término autónomo para describir los movimientos sociales en Argentina porque ésta es la forma en que se identifican a sí mismos. La autonomía es la forma de separarse a uno mismo, y al movimiento, del estado y otras instituciones jerárquicas. La autonomía también se usa para reflejar una política de autoorganización, autogestión, y participación y democracia directa. Así, el uso de autónomo no implica ni refleja ningún tipo de relación con las corrientes autónomas marxistas.

Los movimientos de hoy son movimientos prefigurativos; se centran en las relaciones sociales presentes y futuras. Se diferencian de los movimientos pasados, como los de los 60 y 70 que trataban tanto de demandar reformas del estado como de tomar el poder estatal y reemplazarlo por algo mejor. Como reflejan las entrevistas, la mayoría de los movimientos autónomos están concentrando sus energías en cómo y qué organizan, usando la horizontalidad y la autogestión. La mayoría de los movimientos son anticapitalistas, y algunos anti-estatales, pero su estrategia para la creación de una nueva sociedad no se basa ni en la dependencia estatal ni en la toma del poder para crear otro estado.

Su intención es cambiar el mundo sin tomar el poder. Los movimientos sociales autónomos en Argentina, específicamente durante los pasados seis años, han empezado a articular una nueva y revolucionaria política. Esta política puede verse en varias prácticas novedosas, y en las expresiones que usan para describir estas prácticas. Algunos dicen que no son políticas, o que son anti-políticas. Esto suele estar relacionado con sus experiencias en las “viejas” formas de hacer política, con el uso de la jerarquía y los partidos políticos para tomar decisiones para la gente, eliminando su agencia. Están implicados en la política de la vida cotidiana. Hay muchas diferencias en el interior de, y entre, los movimientos autónomos. En este artículo me referiré a los puntos en común.

La gente se ve a sí misma creando el futuro en el presente, a través de relaciones directamente democráticas. Rechazan la jerarquía, los jefes, gestores, correas de transmisión de partidos y *punteros*. Dicho de otro modo, rechazan a la gente que intenta tener poder sobre otros. Se organizan en todos los entornos, y lo hacen confiando en sí mismos y en los demás, *autogestionándose*, en comunidades, vecindarios, centros de trabajo, escuelas y universidades. ¿Cuál es el nombre de este proceso revolucionario? ¿horizontalidad? ¿autogestión? ¿anarquismo? ¿autonomía? ¿política afectiva? ¿ninguno de estos? ¿todos? Creo que es un proceso que no tiene un solo nombre. Es un proceso de creación continua, crecimiento constante y desarrollo de nuevas relaciones, con ideas fluyendo de estas prácticas cambiantes.

La cuestión, entonces es, especialmente para mí aunque coincide con un amplio debate, si sirve para algo ubicar estos movimientos dentro de un marco teórico e histórico para comprenderlos mejor y añadirlos como anarquistas, socialistas o autonomistas a nuestros entendimientos sobre el cambio social. No creo que eso fuese útil. No creo que debamos colocar a ninguno de estos movimientos en un marco determinado. Es decir, no creo que ciertos conceptos de anarquismo o de socialismo no-autoritario puedan ayudar a comprender algunas de las prácticas y principios de estos movimientos. Estos movimientos también ofrecen ejemplos y experiencias a la tradición no-autoritaria. No quiero decir que juguemos con las palabras o seamos ambiguos. No pienso que el papel de un anarquista, por ejemplo, sea decir a otra gente que son anarquistas, especialmente cuando han

elegido explícitamente no identificarse a sí mismo como tales. Lo mismo es aplicable a autonomistas o socialistas. Lo que creo es que lo que se puede hacer es buscar las semejanzas, escuchar con atención a las nuevas prácticas y articulaciones, y trazar paralelismos de tal manera que aprendan unos de otros. En la medida en que estemos creando un mundo más liberatorio y aprendiendo unos de otros en el proceso, ¿importa realmente cómo nos llamemos? No lo creo. El resto del artículo trazaré paralelismos entre los nuevos movimientos sociales autónomos en Argentina y algunos aspectos de la tradición anarquista. Espero que estas aportaciones provoquen conversaciones y preguntas, a nosotros mismos y entre nosotros.

Aunque no existe una única definición de anarquismo, voy a basarme para este artículo en algunas de sus acepciones más relacionadas con el apoyo mutuo. Empezaré con una cita de *Anarquismo: lo que realmente significa*, de Emma Goldman: El Anarquismo no es, como muchos pueden suponer, una teoría del futuro a ser logrado a través de la inspiración divina. Es una fuerza de vida en los asuntos de nuestra vida, constantemente creando nuevas condiciones. Los métodos del Anarquismo por lo tanto no contienen un programa de hierro para llevarse a cabo bajo toda circunstancia (...). El Anarquismo, entonces, verdaderamente favorece la liberación de la mente humana del dominio de la religión la liberación del cuerpo humano del dominio de la propiedad, la liberación de las cadenas y prohibiciones del gobierno. El Anarquismo representa un orden social basado en la agrupación libre de los individuos, con el propósito de producir verdadera riqueza social, un orden que garantizará a cada humano un acceso libre a la tierra y un gozo completo de las necesidades de la vida, de acuerdo a los deseos individuales, gustos e inclinaciones².

Y continuaré con una cita de *El apoyo mutuo*, de Kropotkin, para ofrecer un manual introductorio y una perspectiva para lo que se expondrá en el artículo: La elevada concepción: -No vengarse de las ofensas-, y el principio: “Da al prójimo sin contar, da más de lo que piensas recibir”. Estos principios se proclaman como verdaderos principios de moral, como principios que ocupan más elevado lugar que la simple “equivalencia”, la imparcialidad, la fría justicia, como principios que conducen mejor a la felicidad. En la práctica de la ayuda mutua, cuyas huellas podemos seguir hasta los más antiguos rudimentos de la

evolución, hallamos, de tal modo, el origen positivo e indudable de nuestras concepciones morales, éticas, y podemos afirmar que el principal papel en la evolución ética de la humanidad fue desempeñado por la ayuda mutua y no por la lucha mutua. En la amplia difusión de los principios de ayuda mutua, aun en la época presente, vemos también la mejor garantía de una evolución aún más elevada del género humano³.

Argentina... la rebelión comenzó con un sonido...

1. 19 Y 20 DE DICIEMBRE DE 2001

“Habían sido, el movimiento del 19 y 20 fue en sonidos primero, sonidos de cacerolas, y luego los sonidos arrastrando, moviendo cuerpos, cuerpos que se movían hacia abajo de la casa, y hacia la esquina, después hacia el centro, y finalmente hacia Plaza de Mayo. Cuerpos en que se movían y hubo cacerolas que se golpeaban y finalmente cuando aparecen las primeras palabras, no son discursos, ni son explicaciones, ni ay! de decir de carteles de partidos políticos, ni nadie sabe bien quienes son los que están ahí, si son de izquierda, si son de derecha, si son del centro, quienes son. Son señoras amas de casa, jóvenes, allí hay de todo, y lo que dicen, lo común que tiene eso es ‘que se vayan todos’. Que se vayan todos los gobernantes, por extensión, que se vayan todos los políticos, todos los que ocupan lugares de poder en la sociedad, todos los representantes, los jueces, que se vayan todos” (Sitrin, 2005: 14).

Este sentimiento, “que se vayan todos”, descrito tan elocuentemente por Pablo, de la asamblea vecinal de Colegiales, fue repetido por las voces de millones de personas de una punta a otra de Argentina, tanto en los cánticos como en la práctica. Con la rebelión popular, emergieron cientos de asambleas vecinales, más y más centros de trabajo fueron tomados por sus trabajadores, sin patrones ni jerarquías, y los movimientos de trabajadores desempleados crecieron por millares. La gente no sólo dijo no, sino que, al mismo tiempo, creó muchos síes. Algo similar al dicho y a la práctica de los zapatistas: un no, muchos síes.

La idea de creación social sin jerarquías y el rechazo del poder centralizado y de los partidos políticos es un aspecto central en la tradición anarquista. Incluso la palabra anarquía, que proviene del griego antiguo, quiere decir sin

líder o jefe. Noam Chomsky, que a menudo se define a sí mismo como un “compañero de viaje” anarquista, explica lo que significa el rechazo de la autoridad centralizada en una entrevista a menudo citada por los anarquistas, donde afirma: Creo que lo único que tiene sentido es buscar e identificar estructuras de autoridad, jerarquía y dominio en todos los aspectos de la vida y desafiarlas; a menos que haya una justificación para ellas, son ilegítimas y deben ser desmanteladas para incrementar el ámbito de la libertad humana. Esto incluye al poder político, la propiedad y la gestión, las relaciones entre el hombre y la mujer, los padres y los hijos, nuestro control sobre el destino de las generaciones futuras (el imperativo moral básico detrás de los movimientos ecologistas, en mi opinión), y mucho más. Naturalmente esto implica un desafío a las monstruosas instituciones de coerción y control: el estado, las inmensas tiranías privadas que controlan la mayor parte de la economía doméstica e internacional, y demás. Pero no sólo eso. Lo que siempre he entendido como la esencia del anarquismo es la convicción de que el deber de la prueba tiene que estar situado en la autoridad, y que ésta debe ser desmantelada si esa prueba no se muestra” (Chomsky, 1996).

Al “que se vayan todos” se unió la creación social, y esa creación fue horizontal. En el tiempo que pasé en Argentina tras la rebelión, cada vez que le preguntaba a alguien lo que quería decir con horizontal, la gente respondía: “bueno, lo que no hacemos es esto” y trazaban un gesto vertical con las manos. Era un rechazo de la jerarquía y del poder impuesto y al mismo tiempo la creación de unas nuevas relaciones sociales y modos de hacer horizontales, moviéndose hacia la horizontalidad. Emilio, que tenía 17 años en el momento de nuestra primera conversación, explicaba así este fenómeno: Si, primero fue una política de reacción. Primero fue un grito. Primero fue el “que se vayan todos”. Primero fue un grito, una reacción ante una situación insostenible, y a partir de ahí comenzó la creación, casi al mismo tiempo. Es decir, es algo hasta obvio. Para romper con algo primero hay que decirle “no” a ese algo y a partir de eso se comienza una construcción. Y así comenzó la horizontalidad. Un grupo de personas disconformes con algo que comenzaron a construir diferente. Y en ese diferente empezaron a surgir las cuestiones nuevas, en esa construcción nueva. Entonces bueno, creo que tanto la horizontalidad como la autonomía, como la autogestión, son

construcciones momentáneas que se están dando para algo más en la Argentina. Es un “mientras tanto”. Hoy somos horizontales, primero porque rompimos con lo representativo, con lo viejo, con la delegación, pero no creo que si continúa la construcción el objetivo sea la horizontalidad por sí misma, sino que es un proceso que se construye y lleva hacia algo más. Es dinámico (Sitrin, 2005: 16).

En su libro *Anarchism*, Sean Sheehan dice casi exactamente lo que Emilio, y muchos otros, al describir la horizontalidad, cuando define el anarquismo. Escribe: El anarquismo como proceso, como forma de vida, ocurre cuando una gente colabora con otra por necesidad de justicia, sobre una base voluntaria y sin diferencias de base y jerarquía. Esos momentos a menudo son cosa de relaciones personales o de pequeños grupos, pero pueden ser públicos y pueden señalar el camino hacia el socialismo libertario... (Sheehan, 2003: 158).

2. EL PODER Y EL ESTADO

“Ni Dios Ni Patria, Autogestión” fue escrito una y otra vez en la estatua situada enfrente del edificio del gobierno (la Casa Rosada) en la Plaza de Mayo de Buenos Aires. En lo alto de la estatua escribieron “Gracias Madres”, reconociendo este lugar como el elegido por las Madres de la Plaza de Mayo para comenzar a denunciar pública y heroicamente que sus hijos habían sido desaparecidos durante la dictadura. La pintada es similar a las que se podían leer en todas las localidades en los años posteriores a la rebelión del 19 y del 20. Otra pintada similar proclamaba “La solución, Autogestión”. Reflejando públicamente no sólo un sentimiento, sino una práctica que estaba y que está tomando cuerpo a través del país. Una práctica que no se parece al Estado o a la Iglesia, sino a algo muy diferente, dado que es horizontal y autogestionaria.

Para entender los movimientos autónomos de la Argentina de hoy es crucial comprender su enfoque diferente del poder. Conquistar el Estado, sea por la fuerza militar o por otros medios, no es el objetivo de estos movimientos autónomos. Están creando lo que muchos han llamado “otro poder” o “contrapoder” (Colectivo Situaciones, 2002). Esto no significa que ignoren al Estado o no quieran ver algo en su lugar, sólo que lo que están haciendo, y su concepción de la revolución, no pasa por ocupar el edificio del gobierno o el parlamento.

Paula, que participaba en grupos queer y feministas en el momento de la rebelión, describe los momentos en los que parecía posible tomar el edificio del gobierno y recuerda que la gente lo rechazó y en lugar de ello se volvió a sus barrios y lugares de trabajo. Es de nuevo una historia que he escuchado una y otra vez. Yo tengo una idea de poder pero es una idea crítica. Porque la idea de poder, por lo menos para la tradición de izquierda, ha significado siempre que para transformar la sociedad lo que hay que hacer es tomar el poder, que significa tomar el poder político, tomar los medios de producción, esa visión clásica. Yo me reía porque después del 20 de diciembre hubo muchos cacerolazos, y yo, íbamos con mis amigos siempre a los cacerolazos, y hubo uno, un cacerolazo, que fué particularmente violento, que hubo mucha represión, que nosotros saltamos el vallado y nos metimos adentro de la Casa Rosada. La Casa Rosada. Y salimos por televisión, pero la parte que salimos por televisión fué que yo estaba poniendo la mano así en la Casa Rosada, yo estaba poniendo la mano así, como diciendo estoy tocando la Casa Rosada, y un amigo me decía “por más que entremos acá, no estamos tomando el poder”, claro, porque ya no existe más eso. La concepción de tomar el poder, es una cosa arcaica. ¿Qué significa tomar el poder? ¿Hacerse cargo de qué?... Yo creo que estos movimientos sociales están pensando en un poder que es distinto. Es el poder de transformación de las relaciones cotidianas. Que eso, a demás, ya lo decía cuando hablaba de la hegemonía, de la necesidad de construir relaciones sociales distintas en el presente, para después pensar en una sociedad a futuro” (Sitrin, 2005: 192-193).

Neka, que participa en el Movimiento de Trabajadores Desempleados de Solano, un barrio de las afueras de Buenos Aires, describe cómo lo que están haciendo supone un cambio respecto a anteriores modos de hacer y de pensar las cosas. ...el problema no está, por ahí, en la confrontación, porque si vos querés estamos confrontando cotidianamente contra un sistema que es totalmente represor. El problema está cuando la coyuntura te maneja los propios tiempos y te lleva al terreno, donde a ellos le es favorable derrotarte y cuando nosotros compramos esa idea de, quien es el más poderoso, es decir, si estamos armados del campo popular, o si como están armados ellos, si no como nosotros vamos construyendo, según nuestro propio tiempo, nuestras propias

condiciones, nuestra propia realidad y no permitir que los tipos te invadan en eso, ¿no?, creo que eso es un cambio muy radical, también, entre lo que fueron las luchas anteriores a lo que fueron las luchas hoy. El poder como capacidad y no como lugar de mando (Sitrin, 2005: 195).

Raul Zibechi, en su libro “Geneología de la Revuelta. Argentina: la sociedad en movimiento”, un libro maravilloso que refleja lo que pasó en aquel año de la rebelión y después, habla directamente sobre la cuestión del poder y del Estado. Explica: “...el siglo pasado pone de relieve la imposibilidad de avanzar desde el poder hacia una sociedad nueva. El Estado no sirve para transformar el mundo” (Zibechi, 2003: 202). Ligada al principio anarquista de no tener jerarquía, o gente con poder sobre otra, se encuentra una visión diferente del poder, una que está basada en el potencial de la gente y en nuestras relaciones con los demás, no en el uso de la coerción desde el Estado. Los anarquistas rechazan el Estado y lo ven como una herramienta de opresión. Eso no significa que los anarquistas rechacen toda regulación, o la toma colectiva de decisiones, sino que rechazan el Estado como brazo armado de una clase. La idea es que la gente tome decisiones conjuntamente y que nadie las tome por nosotros. Proudhon es quizás el escritor anarquista más conocido, acuñó el término anarquismo para describir una práctica y describía así el rechazo del dominio: Ser GOBERNADO significa ser vigilado, inspeccionado, espiado, dirigido, legislado, reglamentado, clasificado, adoctrinado, sermoneado, fiscalizado, violentado, evaluado, censurado, mandado, por hombres que para eso acrecen de títulos, ciencia y virtud. Ser GOBERNADO significa ser anotado, registrado, empadronado, arancelado, sellado, medido, evaluado, cotizado, patentado, licenciado, autorizado, amonestado, contenido, reformado, enmendado, corregido, al realizar cualquier operación, cualquier transacción y cualquier movimiento. Significa, so pretexto de utilidad pública y en nombre del interés general, verse obligado a pagar contribuciones, ser inspeccionado, saqueado, explotado, monopolizado, depredado, presionado, embaucado, robado; después, a la menor resistencia, a la primera queja, ser reprimido, multado, vilipendiado, vejado, acosado, maltratado, aporreado, torturado, desarmado, agarrotado, encarcelado, fusilado, ametrallado, juzgado, condenado, deportado, sacrificado,

vendido, traicionado y, para colmo, burlado, ridiculizado, ultrajado, y deshonrado. Esto es el gobierno, ésta es su justicia, ésta es su moralidad (Proudhon, 1870).

Más sucintamente Sheehan afirma en su libro, “El anarquismo rechaza el Estado como forma de gobierno por razones concretas. El adagio de que el poder corrompe y el poder absoluto corrompe absolutamente es llevado hasta sus últimas consecuencias por los anarquistas, y por un buen motivo” (Sheehan, 2003: 29). En Argentina el gobierno conservó el poder formal, e incluso recuperó mucha legitimidad con los años, pero eso no cambia el giro que, en mucha gente, tuvo lugar en los conceptos y a veces en las relaciones prácticas con el poder formal. Un participante en la asamblea vecinal de colegiales, Martín, comenta: Esta lucha no es revolucionaria en el sentido de los setenta, es otra cosa, y todavía le tenemos que poner nombre, porque no es una revolución en el sentido de tomar el estado. Hay que inventar otro mundo, construir otro mundo, pensar otra lógica para organizar el mundo ... Estamos y queremos armar una nueva relacionalidad. Lo que pasa es que nadie sabe muy bien cómo, nadie sabe, y es un proceso que tiene que ser colectivo, no es que va a venir uno a decirnos cómo hacerlo. Es algo hermoso (Sitrin, 2005: 263-264).

3. RUPTURA COMO PROCESO DE CREACIÓN DE NUEVAS RELACIONES

La ruptura no fue una brecha en un tiempo y en un lugar, como previamente se articuló, sino un cambio en el modo de hacer las cosas, en el imaginario de la gente, en el cual emergen nuevas relaciones sociales, relaciones que son autónomas de las formas del poder institucional. Esta nueva forma de percibir y de experimentar la revolución se basa en una concepción y una práctica diferente del poder.

Estos movimientos, estas revoluciones, no pueden ser definidas en términos exactos, precisamente por la manera en que se organizan y autodenominan. No se organizan sobre la dicotomía de medios y fines. No se organizan para ser libres algún día en el futuro, ni con la revolución como objetivo final. Ven los medios como los fines. El modo de conseguir la revolución es haciéndola ahora y continuar haciéndola y cambiando las cosas durante el proceso. Si la revolución no sólo tiene como fin conseguir democracia, sino que es democrática

durante la lucha, entonces es imposible predefinir su camino, incluso pensar en un punto concreto de llegada. Mientras el concepto de revolución que ha predominado en este siglo ha sido abrumadoramente instrumentalista, una concepción de los medios como forma para conseguir unos fines, esta concepción entra en quiebra desde el momento en que la dignidad de quienes luchan se convierte en el punto de partida. La revuelta de la dignidad nos fuerza a pensar la revolución de una nueva manera, como una rebelión que no puede ser definida ni delimitada, una rebelión desbordante, una revolución que es por naturaleza ambigua y contradictoria (Holloway, 1998)

Esta es una política que a veces ha sido definida como prefigurativa. La política prefigurativa sería ir practicando en el día a día, tanto como sea posible, las nuevas relaciones sociales y económicas tal y como te gustaría que fueran⁴. Esto significa, por ejemplo en Argentina, la creación de relaciones horizontales desde ya, organizarse activamente contra la opresión y respetar las diferencias. Significa también la creación desde ya de formas alternativas de intercambio, educación, cultura, arte y medicina. Hay que aclarar que no se trata de abandonar la sociedad, con comunas y demás, y de crear un microcosmos perfecto al margen de la sociedad. Se trata de crear más espacios dentro de la sociedad, más huecos y a través de este proceso dar lugar a otro modo de organizarse y transformar la sociedad. Se trata de una labor individual y colectiva, no sólo individual. Los medios son los fines desde el momento en que tienen por meta la transformación social. Es una política móvil, que carece de programa. No estoy diciendo que éstas sean prácticas nuevas. Las políticas prefigurativas, con autonomía, organización al margen del Estado y creación de otros poderes, pueden verse a través de la historia, desde las comunidades zapatistas de México, a los regantes en Bolivia, pasando por la Comuna de París y la Revolución española, así como en docenas de momentos de control obrero y comunitario, desde los soviets obreros en Rusia a la Shora en Irán, pasando por el control obrero y comunitario en varios momentos de la historia chilena y argentina. La lista es prometedoramente larga. El meollo de la cuestión estaría sin embargo en la combinación de políticas prefigurativas y la ruptura en forma de brecha oportuna, con la creación de otros poderes, no ligados al Estado ni al poder institucional.

Raul Zibechi resume este modo de hacer al final de su libro *Genealogía de la revuelta*: “Lo que realmente cambia el mundo es aprender a vivir de otra forma, de forma comunitaria aunque no vivamos en comunidades. La fraternidad es la clave del cambio social, no la guerra, aun la de clases” (Zibechi, 2003: 18).

Ruptura quiere decir literalmente quiebra con algo, desgarrar, pero es más que eso. Ha adquirido un nuevo significado a partir de la experiencia argentina, uno que pienso que es útil para explicar algo que va mucho más allá de ser un mero “momento” y todas sus implicaciones en Argentina. La gente hablaba de ruptura como quiebre, pero también, simultáneamente, como liberación, como apertura. No es la definición del diccionario, pero tiene un gran sentido. Cuando algo se rompe, la energía no se detiene. Algo ocurre, tiene sus efectos, y usualmente esos efectos son más formidables que el momento de desgarrar, de ruptura. Éste parece ser el caso de Argentina. La ruptura, el momento, fueron los días 19 y 20. Eran millones de personas saliendo a las calles y permaneciendo en ellas incluso cuando fue declarado el estado de sitio. Esto es importante ponerlo en su contexto histórico, porque a causa de una reciente dictadura militar fueron “desaparecidas” más de 30.000 personas. Esa gente permaneciendo en la calle era parte del momento de ruptura. Echar a cinco gobiernos fue también parte del largo momento de ruptura, pero lo más importante es lo que sucedió entonces. En esta ruptura que incluyó el derribo de gobiernos y la confrontación con la policía, la gente tomó las calles y rompió con una historia de silencio. Una historia de “no te metas”, una frase muy usada durante las décadas de dictadura y en los años que la siguieron, tras la instauración de la “democracia”. Esta apertura me fue mucho más descrita que la acción callejera. Lo más importante para la gente fue lo que cambió en ellos y en sus relaciones con otros. Paloma, una septuagenaria, me explicó durante horas todo lo que había cambiado tras los días 19 y 20. Habló de pérdida del miedo. De una ruptura, de un cambio en la memoria, esa memoria fue recuperada y algo empezó a crecer sobre ella. Comentaba: “bueno eso, son avances, lo que pasa que son avances que, son pequeños, y que de a poco, pero bueno” (Sitrin, 2005: 16).

Esta ruptura, esta discontinuidad con un pasado y cambio en la memoria colectiva, fue mucho más allá. Lo que sucedió en las calles en aquellos días de rebelión no fue únicamente una

lucha contra algo, sino simultáneamente la creación de algo. La gente empezó a encontrarse en la calle y formó asambleas vecinales. Se encontraron y empezaron a hablar cara a cara sobre lo que estaba pasando y sobre lo que iban a hacer respecto a ello. Ezequiel, que estuvo presente en su asamblea vecinal, lo describe así: “...lo que empezó con una, como con cara de bronca y con una reacción como de salir enojado a la calle, al rato se transformó en una cosa más alegre. La gente como que sonreía y se reconocía mutuamente en esa situación y eso como que cambió, como que el sentimiento de eso y después vino la euforia” (Sitrin, 2005: 3).

Karina, una estudiante de graduado universitaria, describe lo que ocurrió en los momentos del 19 y el 20, haciendo hincapié en lo que significaron. Y era extraño, y era reencontrarte con algo que estaba como perdido, no sé. Se habían perdido muchos espacios de sociabilidad (...) Y una de las primeras cosas que se recupera con el 19 y 20 es el cara a cara. Es la comunidad misma (Sitrin, 2005: 5).

4. CREANDO LAS NUEVAS RELACIONES

Aparecieron nuevas relaciones sociales; y fueron horizontales. Supuso una ruptura con pasadas formas de relacionarse, en primer lugar en que se estaban relacionando, y luego en los modos en los que se estaban relacionando. Rompieron con formas de delegación y jerarquía, algo hondamente arraigado en la mayoría de sociedades, pero especialmente en Argentina, con una larga historia de relaciones clientelares (Auyero, 2001). Esta transformación se da en el proceso, sobre las relaciones aquí y ahora, no sobre una finalidad de una revolución a largo plazo, sino que es revolución vivida. Una compañera del movimiento de trabajadores desocupados de Allen, en el sur de Argentina, comentaba en un debate con otros compañeros: Yo creo que ahí, no se trata sólo de que se pasa de una posición de impotencia a una posición de potencia, en el sentido de que se puede empezar a producir subjetivamente. El movimiento o sus espacios, son de alguna manera los lugares donde se pueda transformar la existencia, estar de otro modo con otros (Sitrin, 2005: 268).

Paula explica de un modo similar lo que considera como importante de los cambios en curso, cambios en la gente y en sus relaciones cotidianas: Para mí, lo mejor que las asambleas tienen es que, primero permiten a personas hacer política de una manera diferente, que no es la

partidaria. Además produjeron, para mí, transformaciones muy profundas en la subjetividad de la gente. El hecho de que personas se puedan juntar en su barrio y discutir, y que unas escuchen a las otras, y que valga la opinión de todos lo mismo, eso es muy importante. Pero partidos políticos, no es así. Partido político vale la opinión de algunos, de otros no. En fin, construir una nueva forma de hacer política. Eso para mí es re-positivo. Suponte, yo no creo que va a pasar esto, pero si ocurriera que las asambleas desaparecen, a mí no me parece grave eso. Porque hay una experiencia ahora, que está en la gente. Y eso es muy importante para construir a futuro lo que sea, no importa qué. Pero yo creo que ese es el gran, digamos el gran saldo, el gran balance que se puede hacer con respecto a las asambleas. Que tuvieron un cambio muy profundo en la subjetividad de la gente (Sitrin, 2005: 273).

Esta concepción de crear la futura sociedad ahora y no esperar a tomar el poder en el futuro para luego desde allí transformar las relaciones, sino crear nuevas relaciones sociales como parte de una transformación de la sociedad, como la transformación misma, es una idea arraigada también en la tradición anarquista.

Proudhon describía este fenómeno: ...por debajo del aparato gubernamental, al margen de de las instituciones políticas, fuera del alcance de hombres de Estado y curas, la sociedad produce lenta y silenciosamente su propio organismo; va constituyendo un orden nuevo, expresión de su vitalidad y autonomía... (Proudhon, 1870).

O como dice Gustav Landauer: El Estado es una condición, una cierta relación entre seres humanos, una forma de conducta humana; lo destruimos formando otras relaciones, comportándonos de forma diferente... Nosotros somos el Estado y lo continuaremos siendo hasta que hayamos creado las instituciones que configuran una verdadera comunidad (Landauer, citado en Marshall, 1992: 441).

Mientras que las ideas anarquistas reflejan la práctica de crear una nueva sociedad aquí y ahora, no hay mucho escrito sobre el cambio que tiene lugar en la gente y en la relación de unos con otros en el curso de ese proceso. Los movimientos de la Argentina de hoy dan cuenta muy bien de todo lo que implica tal proceso. La gente habla de cómo han cambiado sus comunidades y cómo ellos a su vez han cambiado. Esto se refleja en lo que se ha dado

en llamar “subjetividad” y “protagonismo”. La gente se ve a sí misma como participante activa por primera vez en sus vidas y este cambio forma parte de las políticas. Martín señala: Creo que hay un protagonismo creador, donde no hay una prevalencia del individuo, porque el que soy no era el que era, porque todavía hoy me resulto desconocido, viviendo una transformación existencial, estado de otro modo en el mundo. ...vivo de otra manera, veo de otra manera... (Más tarde continúa)... había una sensibilidad, no sé como cómo decirlo, algo que era afectivo, una sensación de querer cambiar las cosas, deseo de transformación. Y eso generó como una forma de relacionarse entre la gente, generó un modo de estar y de cierto “nosotros”... (Sitrin, 2005: 264, 282).

5. LIBERTAD

Los movimientos autónomos de Argentina, como muchos movimientos de todo el mundo a día de hoy, se basan en la creación de nuevas relaciones sociales y vínculos comunitarios en el presente, al tiempo que se crean para el futuro. Son movimientos con una concepción diferente del tiempo y del espacio. Son movimientos que ven lo individual y lo colectivo ligados. Mucha gente con la que hablé en Argentina, cuando les pregunté que cuáles eran sus sueños, me respondieron que esto, aquello que estaban creando, era parte de su sueño, o su sueño. Todavía no puedo escribir esto o recordarlo sin que se me llenen los ojos de lágrimas. Aquello que estás haciendo ahora es parte tu sueño. Cuántos de nosotros podríamos decir eso. Cuántos de nosotros queremos decir eso. Se trata de lágrimas bellas e inspiradas. También es el sueño de muchos anarquistas. Un sueño en el que el presente es el futuro. Donde las relaciones sociales basadas en el amor y la confianza, ven al individuo como ser libre y parte de un colectivo. Crear relaciones donde unas personas no tengan poder sobre otras, donde las decisiones se tomen cara a cara. Donde las necesidades no sólo sean satisfechas, sino que también se planteen lo que son verdaderas necesidades y cómo satisfacerlas. Hay muchos rasgos en común entre la experiencia argentina y las ideas y las prácticas anarquistas. Eso no convierte en anarquistas a aquellos que están creando nuevas relaciones y sociabilidades en Argentina. Pero, de nuevo, eso no es lo más importante. Lo que puede extraerse de este reportaje es lo que tienen ambos en común, y desde esos puntos de contacto, comenzar a fijarse más en lo que otras prácticas e ideas, en

este caso las anarquistas, pueden aportar a las experiencias actuales en los diversos movimientos autónomos y colectivos. Y, al tiempo, lo que los movimientos autónomos de Argentina y en cualquier otra parte del mundo pueden aportar a las ideas y las prácticas anarquistas. O, quizás, estos nuevos movimientos están creando algo completamente nuevo. Quizás tienen mucho en común con los principios y las prácticas anarquistas y constituyen algo nuevo.

BIBLIOGRAFÍA

-Auyero, J. (2001) *Las prácticas clientelísticas del peronismo*. Buenos Aires: Manantial.

-Breines, Wini (1989) *Community and Organization in the New Left, 1962-1968. The Great Refusal*. New Jersey: Rutgers University.

-Chomsky, Noam (1996) "Anarchism, Marxism and Hope for the Future", en *Red & Black Revolution*, n° 2. Disponible en: <http://www.zmag.org/chomsky/interviews/9505-anarchism.html>

-Colectivo Situaciones (2002) *Apuntes para el nuevo protagonismo social, de mano en mano*. Barcelona: La Llevar/Virus.

-Marshall, Peter (1992) *Demanding the Impossible: A History of Anarchism*. London: Fontana Press.

-Proudhon, P. J. (1870) *Idea general de la Revolución en el siglo XIX*. Barcelona: Pons.

-Sitrin, Marina (ed.) (2005) *Horizontalidad: Voces de Poder Popular en Argentina*. Buenos Aires: Chilavert.

-Seehan, Seán (2003) *Anarchism*. London: Reaktion Books.

-Zibechi, Raul (2003) *Genealogía de la revuelta. Argentina: la sociedad en movimiento*. Uruguay: Nordan.

NOTAS

¹ Rebecca Solnit ha escrito acertadamente sobre este fenómeno de la ayuda mutua cuando ocurren desastres.

<http://www.harpers.org/archive/2005/10/0080774>

² Extraído de

http://www.nodo50.org/fau/teoria_anarquista/goldman/1.htm

³ Extraído de <http://www.fermento.org/E-books/Kropotkin,%20Piotr%20-%20El%20Apoyo%20Mutuo.rtf>

⁴ El primero en desarrollar el término, que yo sepa, fue Wini Breines en sus escritos sobre las prácticas políticas de los 60 y lo que ella concebía como un modo diferente de pensar y organizarse, en parte como rechazo del centralismo y vanguardismo del Partido Comunista. Escribía: "El término *políticas prefigurativas* designa unas determinadas políticas anti-organizativas características del movimiento, así como aspectos del liderazgo de la nueva izquierda, y puede observarse en contra-instituciones, manifestaciones y en el intento de imbricar los valores personales y anti-jerárquicos con la política. La democracia participativa fue central en las políticas prefigurativas... Las políticas prefigurativas dieron lugar a tareas sustanciales, la principal de ellas fue crear e impulsar en la práctica viva del movimiento, relaciones y formas políticas que 'prefiguraban' y encarnaban la sociedad deseada" (Breines, 1989: 6).